

Parábola del viento

*"... Y es ese viento
que amaste y que cantaste
cuando te hallabas con nosotros,
entre los que lloramos agitándonos
con la ferocidad de los desposeídos"*

Jorge G. Aranguren

Es el viento que baja de las elevadas cumbres y nos trae el susurro, los jirones del grito, las hilachas desnudas de la voz de un blasfemo. Barre las cúpulas doradas del templo, silba en las aristas de la cruz y de la espada. Crujen los mástiles que izan las banderas, los pendones e insignias militares. Le he visto recorrer las calles somnolientas, mirándose en los escaparates, buscando el reflejo de su rostro en las pulidas lunas: quiere saber cómo es, qué sonrisa o qué llanto devuelve el cristal. Pero el viento no tiene cara, no tiene manos, no tiene ojos, no tiene oídos,... él no lo sabe: no tiene cara pero conoce el salitre de las lágrimas y el aroma dulce de los besos, no tiene manos pero es el corazón de todas las caricias, no tiene ojos pero todo lo ve, no tiene oídos pero le han contado todos los cuentos y sabe todos los cuentos. Entra por chimeneas y revuelve el hollín, zarandea las copas de los árboles, abre de golpe las ventanas y repite los cuentos, todos los cuentos. Levanta la roída falda de las imágenes apolilladas y quedan los santos con su estructura de listón al aire. Ulula y blasfema desde los campanarios, se lleva el estruendo del fusil para que no lo oiga el reo y roba el salmo al fin. Ciertamente fue el viento quien entró en las sacristías, en los salones dorados del poder y robó el salmo, el sonido esencial de la palabra. Quedó, eso sí, la empuñadura de nácar, la cruz de oro con incrustaciones de rubíes, el pigmento más viejo y cuarteado en la pared y el terciopelo. Quedó la farándula de es-



pectros representando la misma vieja farsa, en el mismo escenario, sólo que cada vez más gris, sólo que sin saber el texto. Ahora el temor inunda los corredores las telarañas del miedo anegan los telones, derriban los decorados y entre ruinas de cartón/piedra, los payasos, los druidas y los centuriones improvisan su himno, su iracundo anatema.

Ciertamente fue el viento quien robó el salmo y fue a contárselo a los hombres y cuando los hombres se durmieron se lo contó a los pájaros y cuando los pájaros volaron se lo contó a los árboles y hubo un murmullo de frondas y fue a contárselo a las piedras y el salmo que el viento contó a las piedras está lleno de eternidad.

Es el viento el que baja, ese viento que tú bien conociste, poeta del destierro. Ese viento que trae aromas de la herrumbre y las manos heladas de hundirlas en la nieve; que come la hogaza de la luz y bebe el aguamiel de la música absoluta. Lo he sentido posarse en mi ventana como a un enorme pájaro nocturno; llamarme con su silbo profundo, levantar las cenizas, decapitar los templos y los cuarteles. Otras veces es un hermoso ruiseñor invisible que acaricia el follaje, que ilumina de transparencias a las estrellas.

Un día tomó un tren envuelto en humo. Era en una ciudad cercana al mar. La hierba casi cubría los andenes y la lluvia chorraba por los vagones. Su labio entonces era de salitre y suave espuma marina. Trastrabilló por praderas empapadas, por angostas gargantas, altas cumbres aún tocadas de nieve.

Y pasó un día y una noche y cuando el sol iluminó otra vez los campos, todo era inmenso y amarillo y había allí una casa, una mesa de pino y una silla de paja. Por allí pasaba la gente y los cantos diminutos del río que la corriente empuja. Pero ya habían derramado el cáliz y pisoteado el pan los sicarios de las sombras.

Es el viento el que brama, el que blasfema, el que se lleva la luz y el salmo, y cuando piensan que lo han enterrado, sopla más fuerte aún y arranca los aleros oxidados, los goznes de la herrumbre, los portones de acero que guardan la verdad y la palabra. Y todo está inhóspito y vacío porque el salmo que el viento contó a las piedras está lleno de eternidad y el hombre sólo lo oír cuando despierte.

ROBERTO ALBANDOZ